

EL CLUB DE LAS PROXIMAS LECTURAS



Todo sigue igual

Óscar Brox

MIMOUN, DE RAFAEL CHIRBES (ANAGRAMA)

Llego a *Mimoun* a través de una serie de lecturas cruzadas. De un lado, *El arte de escribir de pie*, de Aitor Romero Ortega; del otro, los Diarios de Rafael Chirbes. El primero habla de literatura, escritura y la capacidad que surge de esa combinación para dar forma (o verdad o cuerpo) al deambular por un territorio. En sus páginas se suceden viajes e impresiones, pero también lecturas que han dejado una impronta especial. Pensar en Marruecos trae a la memoria nombres como los de Paul Bowles, Jean Genet, Mohamed Chukri y otros tantos que, perdidos o extraviados, han sido ciudadanos por un tiempo de ese país al norte de África. Chirbes también lo fue y eso confiere a *Mimoun* un carácter personal por encima de otras de sus novelas. Pero, como decía líneas arriba, llego al libro a través de sus *Diarios*.

Mi mujer los ha leído enteros, yo los he picoteado. Lo suficiente como para ver la evolución personal de Chirbes. De la agitada vida madrileña a ese otro escenario, algo más angustioso, solitario y concentrado en Beniarbeig. Lo que se repite: esa exigencia constante sobre la escritura. El trabajo de corrección, de autoedición, que reduce prácticamente al tuétano algunas de sus novelas o las recorta todavía más (véase *La buena letra*). *Mimoun*, en este sentido, es una obra breve. Posee, pues, la capacidad de llevarnos a fantasear sobre la extensión del manuscrito original. En cualquiera de sus páginas se puede

notar esa tensión, esa concentración, por decir lo justo. Tanto que podría resultar de un perfeccionismo atroz. Como si leerla implicase vivir ese mismo proceso de escritura, trasladar el temperamento moral de su historia a unas palabras que nunca apuntan de más. Que lo contienen todo, precisamente, porque saben cómo jugar con la metáfora, la descripción, lo breve, lo ambiguo y la construcción de un protagonista al que atraviesan el resto de personajes sin que caiga sobre ellos el peso del juicio moralista.

Resulta goloso señalar al Manuel de *Mimoun* como disfraz para un Chirbes que hizo ese mismo viaje. Aunque lo cierto es que poco importa una vez comienza la historia, cuando todo ese territorio salpicado de lluvia, deseo, angustia y soledad funde lo plástico con lo psicológico como si fueran una misma cosa. Las palabras son justas, las descripciones medidas: esa prostituta joven que recuerda a Manuel a un personaje *pasoliniano*; la bañera que limpian Hassan y él -y ese erotismo a ras de suelo que sabe imprimir más allá del deseo o la necesidad de los cuerpos. El alcohol, las nubes de Kif, los rostros que van y vienen y esa angustia absolutamente embriagadora que es, tal vez, el signo más palpable

de identidad, o de reconocimiento, con respecto al territorio.

Mimoun juega con los detalles biográficos, pero se trata de una de las múltiples capas que forman la novela. En su mecanismo perfecto, Chirbes proyecta entre sus páginas la reflexión sobre la Transición, su ejemplar puesta en escena y la desazón que traslada saber que se ha tratado más de una *escenificación* política que de un verdadero cambio de paradigma en la sociedad. En la novela entran en juego conceptos como la libertad, la identidad, el lugar, el territorio, el reconocimiento, la ansiedad y la soledad. *Mimoun* no es tanto un escenario hostil como un lugar al que, paulatinamente, vamos descubriendo sus dobleces, desnudándolo a medida que nos relacionamos con él, que somos parte de él. Es difícil decir que haya algo gozoso en Manuel y no, en cambio, esa tendencia a arrojarse, a lanzarse sobre cada cosa (ya sea Hassan, Rachida, Manuel, su piso, su otro piso, etc.) para ver qué es lo que suena, qué es lo que se ha roto, en su interior. En la novela alguien dice que se está convirtiendo en uno de ellos. Sin embargo, al leerlo la sensación es diferente: o esa no transformación no puede llegar a culminar, o bien se alcanza a riesgo de descubrir otra realidad igual

de mediocre, desabrida y descorazonadora como la que ha dejado en Madrid para ir a Marruecos a impartir clase. Nunca se puede conseguir ese giro, ese cambio, y a medida que todas esas intuiciones se agolpan sobre la página las imágenes coleccionadas por Chirbes se hacen más vívidas, más feroces, metáforas de carne, hueso y ramas que azotan su conciencia. Que le atraviesan con tanta violencia como esa memoria histórica que palpita en el proceso de la Transición, pero que ni cicatriza ni se cierra como debería.

Los personajes de *Mimoun* están descritos con lo justo. Basta ese mínimo para reconocerlos, como si la escritura de Chirbes les acercase una cerilla en plena oscuridad. Se les ve, pero sobre todo se les nota (el piano de Francisco, por ejemplo). Les sentimos, tal vez, porque Manuel no deja de observarlos, incluso cuando no están en escena. Son, casi, fantasmas, igual que Manuel, porque hace tiempo que se han abandonado a sus pasiones para desenfocar su incapacidad moral o sus cargos de conciencia. Y eso es algo que Chirbes explora con tanta habilidad que elude un subrayado de más o una metáfora innecesaria. El lugar son ellos, y viceversa. Sexo, angustia, dolor. La promesa de una tierra lejana en la que, sin embargo, seguimos siendo nosotros mismos. La transición imposible. El cambio que no llega. El regreso a casa como advertencia amarga de que, en el fondo, todo sigue igual.

Un temblor, un vértigo

Juan Jiménez García

LA VIDA BREVE, DE JUAN CARLOS ONETTI (DEBOLSILLO)

Leí *La vida breve* en busca de algo recordado. Ese algo recordado era mi primera lectura de Juan Carlos Onetti. Pienso en ella como algo no demasiado lejano (y sin embargo no puede ser así). Perdido el sentido del tiempo, quedaba el sentido de una página, una página que me había conmocionado, y nada recordaba de ella. Un fragmento en unas escaleras, y nada recordaba de ella. Sí, estaba Santa María. Mi primera lectura está irremediabilmente unida a un verano. Unos días de verano en el pueblo, un piso alquilado por mis padres, junto con mis tíos, cerca de la rambla, de esa calle de tómbolas y quincallas. También de alguna atracción de feria, que aún en el sopor de las horas de siesta, hacía sonar su música, esa música de atracción de feria. Yo leía tumbado en la cama, mientras los demás dormían. Y era feliz. Con esa felicidad que pide tan poco y que no sabemos cómo reproducir, atrapados en el torbellino de nuestras confusiones contemporáneas. Entonces, ahora, pensé que entonces leía *La vida breve* y que, ahora, de nuevo, años después, debía volver a empezar por ese único libro leído. Pero no tardé mucho en

advertir que no eran el mismo libro. Pero si no este, ¿cuál? No lo sé. Tal vez nada existió. Ni aquellos días, ni aquella feria, ni aquella cama, ni esa Santa María. En *La vida breve*, su protagonista, Juan María Brausen, está prisionero de su presente. Su presente es la cicatriz de un cáncer extirpado a su mujer, Gertrudis. La herida. Su presente son las voces al otro lado de la pared. Es otra mujer, La Queca. Y su presente es esa agencia de publicidad para la que trabaja, pero en la que ya no le queda mucho. Para escapar de su presente, imagina al doctor Diaz Gray, que vive en un rincón de su imaginación, llamado Santa María. Imagina al doctor Diaz Gray y a una mujer misteriosa, que aparece un día en el pueblo y en su consulta, Elena Sala. Y desde ese momento, todas estas mujeres y alguna otra poblaran la realidad y esa otra realidad que solo está en su cabeza. Y todo es una huida, hasta que hay una huida real. Pérdidas, una sucesión

de pérdidas, una ensoñación de tiempos, personajes y lugares. Frecuentar abismos, habitar melancolías y tristezas, trazar límites y caminar por esos límites. Juan Carlos Onetti empezó con ella Santa María. Empezó también una segunda época, que sería una tercera en su exilio español, en el que tuvo que re-encuentrar su escritura, perdida en el viaje. La considero siempre como su mejor novela (dicen, pero le oí decir que eran *Los adioses*), y un escritor como Mario Levrero, recordaba su cuarto capítulo, *Naturaleza muerta* (en realidad recordaba mal: era el séptimo) como uno de esos momentos importantes de la literatura latinoamericana. Es difícil escribir sobre aquello sobre lo que ya se han escrito cientos, miles de páginas. Pretender decir algo nuevo, cuando todo es precisamente inédito, cuando poco importa. Sin embargo, aun en el intento, no podemos escapar a la necesidad de la lectura. Porque en el escritor

uruguayo, en esa lectura, en esa misma naturaleza muerta, está contenido algo que difícilmente podremos verbalizar. Un temblor. Un vértigo.

Leo la introducción de Hortensia Campanella a sus obras completas, publicadas por Galaxia Gutenberg. En ella dice que su obra *habla de la incomunicación, el fracaso, el pesimismo vital, el erotismo complicado*. Y más adelante, cuando escribe sobre su primera novela, *El pozo*, encuentra en ella esto mismo y eso mismo que será una y una vez más: *la frustración ante la incomunicación con el otro, la sensación de fracaso y de soledad que ello reporta al individuo, la búsqueda de nuevos resultados para esta ecuación mediante el amor, la presencia de la muchacha como criatura pura que necesariamente sufrirá quebranto, la alteración de los planos de la realidad a través de los sueños, empleados como medio para trascender ese cúmulo de insatisfacciones*. Me gusta porque son unas líneas que prueban a encerrar el aire de muchas obras. A partir de aquí, estamos solos. Onetti solo entendía escribir. Vivir era escribir. Escribir era contar. Leer es esperar. Pienso.

Madre

Francisca Pageo

UN DIQUE CONTRA EL PACÍFICO, DE MARGUERITE DURAS (TUSQUETS)

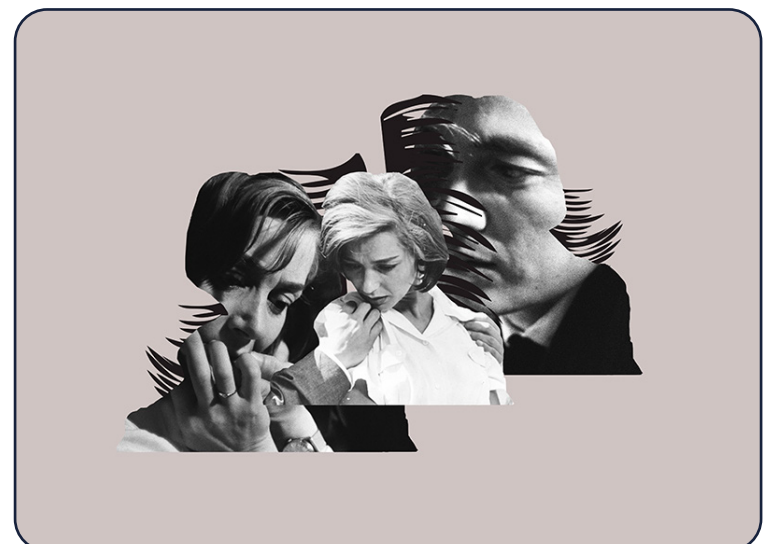
La Indochina de Marguerite Duras se ve aquí entremezclada con su infancia, con su adolescencia, con sus ganas de jugar con los personajes y con mucha psicología enraizada en ellos. Sobrevivimos a este libro como sobrevivimos en el día a día, a base de respirar ese océano Pacífico que nos embarga y se transforma en un simple personaje más de la novela. Marguerite Duras rompe con sus propios moldes y nos deleita con una prosa que esquiva lo que puede ser dicho para llegar a aquello que escondemos. Sus personajes crecen y nosotros crecemos con ellos.

Una vívida infancia

Francisca Pageo

BARRIO DE MARAVILLAS, DE ROSA CHACEL (LUMEN)

Estamos ante la infancia en el Barrio de Maravillas de Madrid de principios del S.XX relatada a través de un retablo, y retrato, familiar. La protagonista recorrerá sus calles y sus gentes y sus museos y nos llevará por una vida densa en sus sinos particulares. Un vecindario único y, aunque algo previsorio, que nos hace recorrer esas calles que ya conocemos e imaginar las que aún no hemos visitado.



La dictadura y el exilio han sido, especialmente durante la segunda mitad del Siglo XX, dos circunstancias que han marcado la producción y la vida de no pocos artistas. Antonio Di Benedetto vivió el arresto, la tortura y la privación de libertad a escasas horas de ser oficializado el golpe militar en Argentina. Prisionero, fue liberado en 1977 y, prácticamente, obligado a emigrar para mantenerse a salvo. Su periplo por Europa culminó en Madrid, adonde se radicó durante siete años hasta el final de la dictadura y su regreso a Argentina. Un retorno, casi, sentimental, habida cuenta de que solo pudo disfrutar un par de años de su patria perdida antes de fallecer.

Hasta hace poco, el trabajo de Di Benedetto en el exilio madrileño permanecía prácticamente olvidado o poco conocido. No en vano, el autor de *Zama* recaló en un país que recién había recuperado el orden democrático y todavía se sacudía de encima las telarañas de una dictadura terrible que abarcó cuatro décadas. En ese contexto, Di Benedetto aterrizó en una revista de contenidos e información médica, *Consulta semanal*, para hacerse cargo de esa sección generalmente marginal que representa el apartado de cultura. Unas pocas páginas, ciertamente, pero también una carta blanca para explorar desde un formato reducido intereses, novedades, ideas, obras y autores. Liliana Reales y Mauro Caponi, responsables

de la presente compilación, rastrearon ejemplares y textos, anotando el uso de seudónimos por parte del autor (Ditto, Numa, Ben Simple, Greco, unas veces A.B., otras A.D.B.), así como la ingente producción de notas, más de 300, que durante unos pocos años publicó Di Benedetto. ¿Qué podemos encontrar en estos *Escritos del exilio*? Principalmente, un trabajo de crítica de actualidad. Di Benedetto convertido en *periodista cultural* que da cuenta de cada evento, estreno, exposición o encuentro tanto en Madrid como en otras ciudades del territorio español. Pero si escarbamos un poco, enseguida ponemos en cuestión la etiqueta de periodista cultural, en tanto que los textos no solo presentan o se hacen eco; también funcionan como miniaturas de estilo en las que explora temas, aporta matices y muestra una escritura que trasciende a la información cultural. Dicho de otra manera, son textos en los que Di Benedetto plasma sus pensamientos, preocupaciones y obsesiones, en los que comparte dudas y en los que también pregunta o continúa

DETOUR.ES | DIARIOS.DETOUR.ES
CORREO@DETOUT.ES | FACEBOOK/REVISTADETOUR
INSTAGRAM/REVISTADETOUR | TWITTER/TDETOUT
LLIBRERIARAMONLLULL.COM

Últimos libros

literaturas.detour.es

Martín Caparrós. La vida como falsedad, por Juan Jiménez García
VALFIERNO (RANDOM HOUSE)

Sara Stridsberg. El amor y la nieve, por Gema Monlleó
LA ANTÁRTIDA DEL AMOR (ALIANZA)

Rafa Lahuerta Yufera. Bloomsdays, por Juan Jiménez García
NORUEGA (DRASSANA)

Serguéi Dovlátov. Triste, solitario y final, por Óscar Brox
LA FILIAL (FULGENCIO PIMENTEL)

Judith Hermann. Otras ventanas, por Gema Monlleó
EN CASA (ALIANZA)

Tove Ditlevsen. Un lúgubre silbido que es el grito del corazón al romperse, por Gema Monlleó
LAS CARAS (SEIX BARRAL)

Guillermo de Torre. Una juventud, por Juan Jiménez García
LITERATURAS EUROPEAS DE VANGUARDIA, DE GUILLERMO DE TORRE (RENACIMIENTO)

Hojas de tiempo

Óscar Brox

ESCRITOS DEL EXILIO. TEXTOS DESDE MADRID 1978-1983,
DE ANTONIO DI BENEDETTO (ADRIANA HIDALGO)

de la presente compilación, rastrearon ejemplares y textos, anotando el uso de seudónimos por parte del autor (Ditto, Numa, Ben Simple, Greco, unas veces A.B., otras A.D.B.), así como la ingente producción de notas, más de 300, que durante unos pocos años publicó Di Benedetto.

¿Qué podemos encontrar en estos *Escritos del exilio*? Principalmente, un trabajo de crítica de actualidad. Di Benedetto convertido en *periodista cultural* que da cuenta de cada evento, estreno, exposición o encuentro tanto en Madrid como en otras ciudades del territorio español. Pero si escarbamos un poco, enseguida ponemos en cuestión la etiqueta de periodista cultural, en tanto que los textos no solo presentan o se hacen eco; también funcionan como miniaturas de estilo en las que explora temas, aporta matices y muestra una escritura que trasciende a la información cultural. Dicho de otra manera, son textos en los que Di Benedetto plasma sus pensamientos, preocupaciones y obsesiones, en los que comparte dudas y en los que también pregunta o continúa

la obra o el libro que ha visto o leído. Textos breves, sí, pero siempre generosamente enriquecidos con pensamientos propios.

Hay que tener en cuenta que en aquel momento se vivió una explosión cultural de una intensidad inédita. Si atendemos a la cartelera que reseña Di Benedetto, uno puede encontrar a Pasolini o Fassbinder, a Godard o al Saura recién premiado en Berlín. El teatro eran Nieva, Mihura o Buero, pero también Lindsay Kemp –que recaló unas cuantas veces en Madrid– o Tadeusz Kantor. Y en la literatura tan pronto podía aparecer Gabriel y Galán o Cela –¿el autor más reconocible internacionalmente?– como ese *boom* latinoamericano que tuvo su congreso en las Canarias. O Borges, en compás de espera para ganar el premio Nobel o recogiendo el Cervantes –ese Nobel para la lengua castellana. Por todo ello, las crónicas de Di Benedetto siempre van un paso más allá, arañando la superficie de cada tema sin eludir cualquier aspecto polémico. A cuento del *Kagemusha*, de Kurosawa, se pregunta por los

préstamos estilísticos que el gran cine japonés ha dejado en Hollywood, y viceversa; hasta qué punto, cuando Hollywood se interesa por los viejos maestros nipones, lleva a cabo una especie de trasvase de estilo que contamina las líneas maestras de, por ejemplo, Kurosawa. Sabe reconocer la valía de cineastas como Berlanga –en *Patrimonio nacional*– o Pialat –en *Loulou*–, pero no regala halagos ni sobreadjetivaciones entusiastas. Y qué decir de su reseña de *La clase muerta*, en la que dispara contra la vanguardia de Kantor preguntándose hasta qué punto es nuevo, diferente o radical eso que lleva a cabo sobre el escenario –o reclamando, de aquella manera, una mirada más limpia sobre el hecho cultural. Mención aparte, su especial sensibilidad a la hora de acercarse a la pintura y a artistas como Cézanne, Klee o Mondrian.

Estos *Escritos del exilio* trascienden la categoría de Bonus Track en la obra de un autor para erigirse, por su volumen y su multiplicidad de temas, en una novela del exilio. Crónica, diario, dietario voluble, reseña o, por qué no, monólogo de un Di Benedetto que, a kilómetros de distancia de su hogar, no dejó de escribir y consignar todo lo que sucedía en el mundo cultural mientras otro mundo, más íntimo, colapsaba entre el silencio del emigrante y el terror de la dictadura. Una colección, en definitiva, extraordinaria.

Silencios

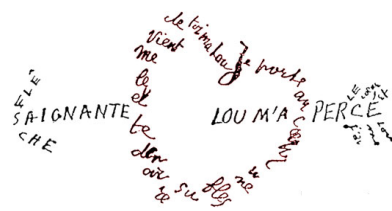
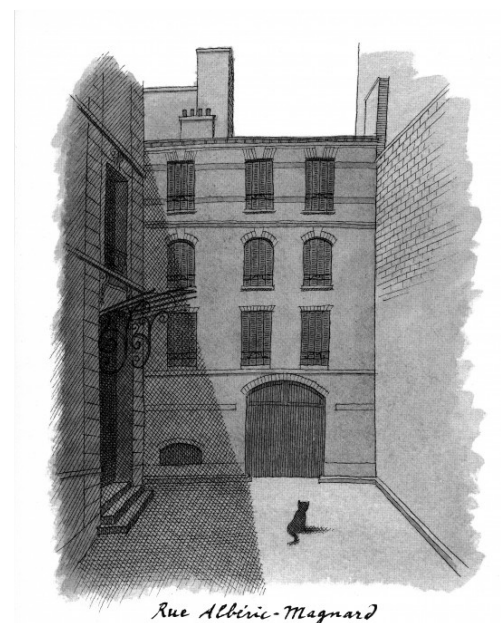
Juan Jiménez García

CHEVREUSE, DE PATRICK MODIANO (ANAGRAMA)

algo coinciden, de alguna manera (como buena parte de sus novelas) y es en volver atrás, a un lugar conocido, la segunda mitad de los años cuarenta. Un lugar al que él llegó tarde o inmediatamente tras ello, pero que ha frecuentado con insistencia, aunque solo sea como un disparadero (si es que, en él, existe esa tentación por el azar). No deja de ser curioso ese gusto por una época que, precisamente, es la que los franceses más han querido evitar o, peor, convertir en algo aceptable para consigo mismos. No olvidemos, por no alejarnos de Modiano, el escándalo de *Lacombe Lucien*, película de Louis Malle con guion suyo, sobre un colaboracionista.

Es posible que en *Chevreuse* encontremos al propio autor y su relación con la escritura. El protagonista no deja de ser un escritor que vuelve sobre una parte de él y sobre unos personajes con los que se encontró. Una búsqueda de un tesoro y una búsqueda, también, y por su parte, de encajar un puñado de piezas, que acabaran convertidas en una novela, porque la novela es, en este caso, una manera de poner orden en las cosas, de entenderlas, de buscar un sentido a aquello que sucede, exteriormente o

interiormente. La importancia de encontrar este sentido, y que esa búsqueda sea aquello que mueve su narrativa. Los personajes se suceden, las calles de París son una presencia constante más, preguntas a las que responder. Pero en Modiano, los silencios cada vez ocupan más lugar entre las palabras. Son ellos los que sustentan existencias, y construyen edificios, los que transitan por las habitaciones y hacen elevarse los ascensores. Callar, eso que le costó aprender al protagonista, es un arte. Es también aquello que estuvo aprendiendo el escritor libro tras libro. Y aquí, en *Chevreuse*, ese callar de Jean Bosmans y ese silencio de Patrick Modiano, tienen el mismo sentido, espesor y complejidad. Sí, seguramente existe un estilo Modiano, pero no, aquel Modiano que empezó a escribir hace ya mucho, se ha convertido en otro lugar de su memoria, desde el que este, más sabio o, simplemente, más viejo, reinterpreta, y esa reinterpretación es, me repito, una búsqueda compleja de la sencillez, que, en su caso, no se construye sobre la fragilidad, sino desde la robustez. Porque sus libros, breves, tienen un peso que no responde a esa brevedad.



literaturas
literatura en détour

literaturas.detour.es

CUADERNOS DE NOTAS

CADA SEMANA LA SELECCIÓN DE CONTENIDOS DE UNO DE NUESTROS EDITORES Y UN CUADERNO ADICIONAL DEDICADO AL CLUB

FLIPBOARD.COM/@REVISTADETOUR

O SUSCRÍBETE A NUESTRA NEWSLETTER

21 DE OCTUBRE, 18:30
LLIBRERIA RAMON LLULL

EL CLUB DE LAS PRÓXIMAS LECTURAS
POR DETOUR · CLUB DETOUR

KUNDERA
ROTH
BRONTË
KRLEŽA
RILEY
PAUL



SOLEDAD
UNA APROXIMACIÓN